

esferas, eso se logró. En la arquitectura, por ejemplo, emerge una vanguardia que en muy poco tiempo cambiaría radicalmente el perfil de la ciudad. Surge un incipiente movimiento cinematográfico con obvias influencias del neorrealismo italiano que comienza a manifestarse a través de la crítica, el ensayo y de una muy escasa y precaria producción propia. En la literatura, una nueva generación de escritores irrumpe con fuerza en la escena de las letras, mostrando su voluntad renovadora a través de las páginas de la revista *Ciclón*.

En la música, sin embargo, no hay avances tan dignos de mención, salvo quizás el hecho de que en esa década, la Sociedad Pro Arte logra concretar una de sus más antiguas aspiraciones: ofrecer cada año a sus asociados una breve temporada de ópera con figuras destacadas del canto lírico internacional<sup>40</sup>. La Orquesta Filarmónica, por su parte, pareció resucitar en un primer momento a principios de la década, regida ahora por un Consejo Superior compuesto por músicos, intelectuales y figuras públicas, pero lastrada en su labor por una abrumadora escasez de fondos –tanto públicos como privados– que fomentó la indisciplina y la deserción de los músicos, obstaculizando un trabajo sistemático en cuanto a la programación y a la consolidación del nivel técnico alcanzado en la década precedente. En una encuesta realizada en 1954 por la revista *Nuestro Tiempo* acerca de la crítica situación de la orquesta, el joven compositor Aurelio de la Vega señalaba:

Cuando en las grandes ciudades una orquesta sinfónica realiza sus funciones [...], la crítica local saluda un estreno, comenta una audición o señala los defectos de la versión de turno de una obra. En La Habana [...] la crítica tiene que ocuparse, cuando de su Orquesta Filarmónica se trata, de hacer patéticos llamamientos periódicos en pro de un apoyo elemental que permita la subsistencia del organismo<sup>41</sup>.

En 1950, por iniciativa de Enrique González Mántici (quien había estudiado dirección orquestal con Kleiber en La Habana), se intentó crear el llamado Instituto Nacional de Música, con el propósito de dar una mayor cabida a la música cubana contemporánea en los conciertos de música sinfónica. Pero la institución que pudo realizar un trabajo un poco más sostenido en esa etapa fue la Sociedad Cultural *Nuestro Tiempo*, surgida en el

<sup>40</sup> *Río Prado, Enrique*, *Pasión cubana por Giuseppe Verdi. La obra y los intérpretes verdianos en La Habana colonial*, Ediciones Unión, La Habana, 2001, p. 148.

<sup>41</sup> «Cuatro opiniones sobre la crisis de la Orquesta Filarmónica»; en: *Nuestro Tiempo*, año 1, nº 2, nov. de 1954; publicado en: *Hernández Otero, Ricardo (comp.)*, *Revista Nuestro Tiempo*, Letras Cubanas, La Habana, 1989, p. 23.

ámbito del Conservatorio Municipal en 1951 y dirigida durante sus ocho años de existencia por el compositor Harold Gramatges. En sus inicios, la Sociedad contó con el importante espaldarazo del Ministerio de Educación y de su Dirección de Cultura, encabezados entonces por Aureliano Sánchez Arango y Raúl Roa, respectivamente.

Nuestro Tiempo, aunque surgida en el sector de la música, fue desde sus inicios un foro para la vanguardia artística del país y aglutinó a creadores de la plástica, el cine, el teatro, etc. Entre lo más relevante realizado en el aspecto musical, está la organización de conciertos comentados de música contemporánea, con algunos estrenos de autores cubanos, en los que los respectivos compositores tenían la oportunidad de intercambiar opiniones con el público presente acerca de los aspectos estéticos y técnicos de su obra. Sin embargo la sociedad, que en cierto modo fue continuadora en lo musical de la labor iniciada por el Grupo de Renovación, siguió predicando una posición de marcado acento nacionalista, a la que se atribuye el haber impedido que la música cubana de esa época se actualizara mucho más respecto a las nuevas tendencias universales. No obstante, surge en esa década una nueva generación de compositores que, si bien en sus inicios participaron de ese nacionalismo, fueron luego alejándose de él en mayor o menor medida, incorporando nuevos lenguajes y modos de hacer a sus obras (dodecafonismo, serialismo, aleatorismo, música concreta, música electrónica, etc.). Entre estas nuevas figuras destacan nombres como los de Juan Blanco, Carlos Fariñas, Nilo Rodríguez, Leo Brouwer, entre otros. Otros compositores, como es el caso singular de Aurelio de la Vega, se apartan radicalmente desde el principio de esa línea de creación nacionalista, sumergiéndose en el universo sonoro del dodecafonismo, primero, o de la música electrónica, después, lo que le valió que su obra haya sido clasificada hasta hoy bajo el estigma de «no cubana» o «sin raíces propias»<sup>42</sup>.

Por su parte, el gobierno de Fulgencio Batista, con la creación del Instituto Nacional de Cultura, en una hábil pero a la larga fallida jugada política, intentó ganar las simpatías del sector intelectual al pretender satisfacer una antigua aspiración del mismo: acoger bajo el presupuesto del Estado varias de las instituciones culturales emblemáticas de los períodos anteriores. La impopularidad creciente del general, así como su desprestigio por la forma en que se había adueñado del poder, dieron al traste sin embargo con tales propósitos, al encontrar firmes muestras de coraje cívico

<sup>42</sup> *Un destino similar ha sufrido casi hasta hoy la obra de Julián Orbón, quien desde la década del 50 encaminó sus pasos hacia la investigación de la música española antigua. Véase, por ejemplo: Ardévol, José, Introducción a Cuba: La música, La Habana, 1969, p. 117.*

co por parte de un sector significativo de esa intelectualidad, entre las cuales, quizás la más conocida, es aquella declaración pública de Lezama rechazando la oferta del INC de sufragar los gastos de la revista *Orígenes* a cambio de mencionar en sus páginas el patrocinio de esa institución oficial<sup>43</sup>. Otro ejemplo de lo mismo fue la respuesta dada a la revista *Bohemia* por la presidenta del Lyceum Lawn Tennis Club (otra institución cultural de capital importancia en el período republicano y particularmente en esta década), apoyada enteramente desde las páginas de su revista por la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo:

En cuanto a las perspectivas culturales, las considero en íntima relación con el clima cívico del país. La eficacia en cuantas medidas [...] se propongan lograr la erradicación del analfabetismo, la elevación del nivel educacional de nuestra población y la divulgación de nuestra cultura, se resiente en su raíz misma cuando no existen la libre expresión del pensamiento, la tolerante convivencia y todo lo que lleva implícito el respeto integral a los derechos humanos<sup>44</sup>.

A pesar de esa firme resistencia de un sector de la intelectualidad, el INC logró ofrecer algunos conciertos memorables con las recién absorbidas Orquesta de Cámara, dirigida por Alberto Bolet, y la Orquesta Filarmónica. La llegada a Cuba del gran director Igor Markevitch como titular de esta última, prometía recuperar un tanto la calidad que había ido en descenso en los últimos años, y así se demostró en algunos de los conciertos ofrecidos por ese director.

Pero ya casi tocaba a las puertas diciembre de 1958.

<sup>43</sup> «Si andamos (sic) diez años con vuestra indiferencia, no nos regalen ahora, se lo suplicamos, el fruto fétido de su admiración», en: *Orígenes*, n.º 35, La Habana, 1954.

<sup>44</sup> Citado en: «Editorial al abrirse 1956»; en: *Nuestro Tiempo*, año 3, n.º 9, enero de 1956, p. 1.



El Ayuntamiento de La Habana